

Los problemas del mundo actual

Reunión N° 1

1. El punto de partida

1.1. Las cuestiones prioritarias

Este curso del 2021 representa un intento de remarcar la importancia para el futuro de los acontecimientos actuales. En mi interpretación, tenderán a modificar, de manera radical y masiva, la visión de la sociedad acerca de su contexto. Y esas condiciones, por distintos canales institucionales, hará posible modificar las políticas convencionales. Hasta ahora han intentado paliar los problemas, pero sólo han logrado profundizarlos.

Esas condiciones se resumen en la simultaneidad en tiempo y espacio, de problemas de singular gravedad. Aunque aparentemente aislados unos de otros, detentan el mismo origen y se potencian mutuamente, creando situaciones de crisis incontrolables.

Y la importancia del análisis unificado de esas crisis, deriva no solo de las graves circunstancias creadas, sino también por hacer posible afloren nuevas perspectivas analíticas y de cambio. Y esto ya ha comenzado y resulta visible en una misma perspectiva generalizada de identificación y priorización de los problemas señalados como centrales. Allí se destacan: polarización del ingreso y la riqueza, calentamiento global, y pandemia.

En la preeminencia de estos problemas convergen foros tan disímiles como Davos (IDEA en el caso de Argentina) y el Foro Social Mundial de Porto Alegre. Su importancia radica en representar una base común para comenzar a trabajar en soluciones por consenso, superando las habituales falsas disputas acerca de las prioridades a encarar.

Y no solo afloran las cuestiones centrales. Comienza a hacerse evidente el fracaso sistemático de las políticas realizadas bajo cualquiera de las perspectivas ideológicas con las que, hasta ahora, han sido encaradas estas problemáticas.

Nos interesa, tal como lo hemos intentado en cursos anteriores, bucear en las causas de ese fracaso a partir de las evidencias actuales. Aunque aparentan un abanico de propuestas diferenciales, todas han fracasado por detentar criterios básicos similares. Y bajo nuestra perspectiva, del mismo origen. Veamos porque.

1.2. El detrás de escena

En nuestra hipótesis, la génesis de los errores resulta de la influencia de una cultura dominante, impactando por igual, a todo el arco ideológico. Una cultura formada en la tradición familiar, el sistema educativo formal, los medios masivos de comunicación, la publicidad, etc.

Y se expresa en el modo de conocimiento del entorno. Para las ideologías dominantes, la única realidad existente y posible de considerar en los análisis y en las políticas a ejecutar, es la evidencia de superficie. Aquella percibida a través de los sentidos, y/o posible de registración estadística.

Una eventual realidad “detrás de escena”, p. ej., las cuestiones estructurales en economía, revisadas en cursos anteriores, no existen, ni pueden llegar a existir. Esa posibilidad está desechada por definición. Y su efecto más directo resulta de encarar los problemas de manera aislada. Incluso aquellos en cuya prelación, se coincide.

Sin embargo, la dureza de los acontecimientos, está haciendo posible resquebrajar la capa superficial de acontecimientos. Y comienzan a aparecer intentos por escudriñar el “detrás de escena”, ligando el origen y la mutua retroalimentación de esos problemas. Hasta ahora, han sido esfuerzos parciales. Aún no se dispone de una imagen comprensiva de la realidad, para orientar una salida.

Entre esos aportes parciales, se destacan los realizados en el 2020 por la revista científica “The Lancet”, intentando bucear en el origen de esos problemas y comenzar a delinear algunas de las vinculaciones que la realidad ya ha comenzado a desnudar. Son relaciones entre pandemia y pobreza, entre pandemia y calentamiento global, y esfuerzos similares.

Sin embargo, por ahora, son piezas desperdigadas de un “puzzle”. Falta un encuadramiento global, donde ir insertando esos aportes. Es en ese marco, aún ausente, donde pretendemos comenzar a bucear. Los aportes parciales, a partir de la dura realidad, se irán incrementando hasta convertirse en una verdadera catarata. Y debemos hacer posible ocupen su lugar. De esa manera, se podrá comenzar a delinear la imagen completa del “puzzle”.

Y por ahora, en un marco previo y de manera ejemplificativa, ir colocando esas pequeñas piezas ya aportadas, pero de gran importancia, pues nos están marcando el camino a transitar.

El efecto más grave de la ausencia de ese marco global son las políticas imperantes. Están construidas sobre pre-conceptos acerca de cómo funciona el mundo. Y la falla fundamental radica en orientar esos temas prioritarios hacia un tratamiento aislado.

Una tendencia fundamentada en la visión subjetivista prevaleciente en la sociedad, transmitida, reproducida y consolidada por la cultura dominante. Su magnitud y fortaleza afecta todo el arco ideológico.

Y esa influencia no solo desvía la búsqueda de una salida. La otra “cara de la moneda”: un rechazo visceral a todo esfuerzo orientado a superar los problemas a partir de las cuestiones estructurales y consideradas como una unidad. Una palmaria demostración de la tremenda fuerza del obstáculo a vencer.

Aunque exista coincidencia en los problemas centrales, se limita solo a eso. La búsqueda de soluciones más generalizada, se realiza bajo el enfoque de problemas aislados. Y bajo esa forma surgen alternativas y falsos debates. La simultaneidad de su presentación sería solo producto de una casualidad que viene a complicar la adopción de soluciones de tipo convencional.

Alguien podría decir: ese fenómeno cultural existe, pero radica en los sectores políticos alineados en ideologías conservadoras. El subjetivismo les permite crear una sociedad ilusoria organizada alrededor de un esquema republicano, con libertad de mercados y sin tensiones sociales de ninguna naturaleza. Y si llegaran a existir, serían producto de “alguien”, que de manera aviesa, está tratando de provocarlas para “llevar agua para su molino”.

Sin embargo, las corrientes progresistas y de izquierda también practican ese subjetivismo. Por influencia de la cultura dominante, interpretan a Marx, iniciador de una corriente objetivista en filosofía, bajo una mirada subjetivista, es decir, bajo una orientación diametralmente opuesta a su criterio básico.

Y de un pensamiento absurdo solo pueden surgir acciones absurdas. Bajo esa interpretación, tanto, el análisis de los efectos negativos del capitalismo, como la construc-

ción del socialismo, sólo dependen de la voluntad de quien detenta el poder. Los procesos tras la evidencia superficial no existen ni pueden llegar a existir.

Un ejemplo al pasar: si por razones históricas no ha logrado conformarse, o ha desaparecido, el grupo social denominado “burguesía nacional“, tan importante en etapas históricas de algunos países, resulta posible crearla desde el poder.

Creer que los procesos sociales, un fenómeno de alta complejidad y conformado a lo largo de siglos, pueden ser moldeados desde un gobierno, resulta un verdadero delirio. Y equivalente al de los alquimistas pretendiendo reemplazar en un laboratorio, los cambios producidos en los elementos básicos de la naturaleza a través de miles de millones de años y teniendo como escenario el universo entero.

Pretender modificar de manera arbitraria aspectos parciales del capitalismo, incluso reemplazarlo de manera integral, por propia voluntad y al margen de los procesos, representa el versus del pensamiento marxista. Una orientación cuyo eje reside en la hipótesis (teoría) de la existencia de procesos independientes de la voluntad y la conciencia.

Son procesos que marcan a fuego las grandes líneas de evolución histórica de los modos de producción de la sociedad, conformados a su vez por el desarrollo de las fuerzas productivas y su correspondiente superestructura jurídica y cultural.

Y esa interpretación subjetivista de Marx, surgió de la experiencia soviética. Del estalinismo en particular. Y su expresión más acabada fue la actuación política de esa corriente ideológica en el mundo, a lo largo de siglo XX y hasta la actualidad. La resumimos en dos elementos básicos: la caracterización del capitalismo y la construcción del socialismo.

En el primer caso, al capitalismo le agregan una calificación: “neoliberal”. En décadas anteriores, el aditamento fue “imperialista”. Y eso solo puede significar la existencia posible de un capitalismo diferente. Incluso llegan a hablar de un potencial “capitalismo progresista”, que habría sido desviado, y de manera consciente, por fuerzas malignas introduciendo estas variantes diabólicas.

Antes fueron los atropellos colonialistas e imperialistas; y ahora, la globalización. Si otros (¿los buenos?) estuviesen en el poder y realizaran políticas del tipo “estado de bienestar”, “cooperación internacional“, etc., tendríamos un mundo diferente. Todo depende de la ideología de quien toma las decisiones.

El imperialismo y el neoliberalismo, o algo parecido, existieron y existen. Pero son producto de procesos autónomos desarrollados hacia el interior de ese capitalismo, y no surgido de mentes retorcidas. En todo caso, existen grupos sociales que basados en su poder económico tratan de usufructuar de esos procesos de manera unilateral. Y para seguir gozando de ellos, crean ideologías justificadoras a fin de mantener el statu-quo.

Nuestro planteo es el versus. Lo esencial radica en conocer esos procesos. Adjuciarlos a algún tipo de maldad congénita es una forma de evadir la realidad. Y no demasiado diferente de quienes buscan culpables de “carne y hueso” en todos los males de la humanidad. Es una versión más del pensamiento conspirativo.

En el segundo caso, referido a la construcción del socialismo, la interpretación subjetiva del marxismo induce a creer resulta posible un “socialismo por decreto”. Ponerse a debatir, sobre la naturaleza del socialismo, el nivel de las fuerzas productivas necesario para su instauración, su funcionamiento y reglas de juego, las etapas de su conformación, y cientos de temas de esas características, sería una estúpida manera de perder el tiempo.

Todo se “resuelve” mediante la toma del poder, (por vía democrática o armada). Y una vez instalado el nuevo gobierno, por decisión democrática o de una vanguardia esclarecida, se decreta el socialismo y (. . . .) listo. Más allá de esto, no hay nada, ni por estudiar ni por debatir.

No puede haber algo más burdo y antimarxista. Ni siquiera escucharon las advertencias en ese sentido de sus propios dirigentes como Lenin y Fidel Castro. Estos, de manera coincidente, y al filo de sus periodos en el poder, asumieron, de manera explícita, la gravedad de estas ausencias y sus tremendos efectos políticos.

Tanto en los grupos conservadores como progresistas predomina el criterio subjetivista y su principal deriva política: el voluntarismo. Y sus graves errores derivan de su rechazo visceral a intentar escudriñar tras los hechos registrables. Son procesos altamente complejos donde las diferentes dimensiones de la realidad se van entretejiendo de manera inextricable. Y además, no registrables de manera estadística. Sólo un marco teórico los puede desentrañar.

Y la barrera central para acceder a ese conocimiento es de tipo filosófico-cultural. Rechazan de plano la existencia de procesos autónomos, y las metodologías para acceder a ellos. En particular, su herramienta más importante: la construcción de teorías.

Sus efectos, sobre el conocimiento y la acción concreta (ciencia y política), han sido, son y serán muy graves. Por esta razón consideramos fundamental analizar cómo funcionan las corrientes filosóficas en boga, y su incidencia en el campo de la ciencia y de la política.

2.- El conocimiento en las corrientes filosóficas tradicionales

Históricamente el acceso al conocimiento, a fin de intentar superar los problemas derivados de una falsa percepción y sus graves efectos en el campo de la ciencia y de la política, se ha llevado a cabo por dos vías diferentes: el subjetivismo y el objetivismo.

Y allí se plantea el dilema tradicional en filosofía del conocimiento: la relación entre sujeto y objeto. Este dualismo clásico ha impactado en todas las disciplinas existentes acerca de la forma de acceder al conocimiento del entorno. En particular, en las llamadas ciencias de la sociedad. Allí, el problema clave reside en definir si quien indaga la realidad forma o no parte de ella y cómo eso puede o no influir en los resultados obtenidos.

Por el contrario, en disciplinas ligadas a la naturaleza, han predominado diferentes corrientes objetivistas, asumidas o no, pero también con serias interferencias en las formas del conocimiento.

Una de las consecuencias de mantener este dualismo, ha sido, profundizar el estudio de disciplinas en compartimentos estancos. En particular un abismo entre, las disciplinas de la sociedad, y las de la naturaleza. Y férreamente sostenido por quienes, se supone, representan polos opuestos en materia ideológica.

Y cuando intentamos indagar en las actuales perturbaciones de la humanidad (polarización del ingreso, calentamiento global y pandemia), bajo esos criterios, el error está servido. Revisaremos ambas variantes, a fin de evaluar la posibilidad de superarlas mediante alguna forma de pensamiento crítico.

El Diccionario Iberoamericano de Filosofía de la Educación de la Universidad Nacional Autónoma de México resume los criterios de subjetividad y su versus la objetividad:

“Subjetividad es un concepto que sintetiza la idea de que la naturaleza o el mundo y nuestra forma de sentido dentro del espacio social están constituidas esencialmente por las opiniones, creencias y saberes de los sujetos; así, estas entidades subjetivas de conocimiento fundamentarían los códigos y usos de sentido en nuestra existencia. Por el contrario, el concepto de objetividad presupondría que el mundo tiene una constitución propia que mantiene un margen de sentido e independencia frente a las valoraciones subjetivas.

[. . .], prácticamente todo planteamiento epistemológico desemboca en una postulación ontológica, donde se debe presuponer y aceptar un primado entre una postura subjetiva (el mundo está constituido por ideas que produce el ser humano) u objetiva (el mundo está constituido por determinados objetos o formas con independencia de nuestro juicios subjetivos).”

2.1. Subjetivismo

La subjetividad construye el mundo a través de la actividad sensorial individual. No de una percepción social. Es la subjetividad de cada individuo, y de hecho, está negando la existencia de un posible nivel de subjetividad social. Más adelante veremos cómo, el objetivismo cae en la misma trampa.

Aunque la subjetividad individual resulta muy importante para una filosofía de las relaciones interpersonales, aplicarla en filosofía del conocimiento, resulta un absurdo. Si los hechos no existieran, de manera independiente al observador, todas las ciencias (de la sociedad y de la naturaleza), quedarían reducidas a las creencias (pre-juicios) de quienes indagan en ella.

En la tradición de las disciplinas científicas vinculadas a la naturaleza, fueron aplicadas diversas formas de objetivismo, aunque en la mayoría de los casos, de manera informal. Sobre todo porque la aplicación, en ese campo, de criterios subjetivistas, ya habían conducido a notables fracasos a lo largo de su historia. Una historia mucho más extensa y mucho más rica en experiencias, respecto a las disciplinas de la sociedad.

En astronomía, la concepción geocéntrica, donde el sol gira alrededor de la Tierra, estaba basada en criterios religiosos. El hombre tiene un origen divino, y como tal, el ser supremo debió haberlo colocado en el “centro” de su creación; la alquimia del medioevo (transformar todos metales en oro), sobre la base de reemplazar complejos procesos físico-químicos desarrollados a lo largo de miles de millones de años, por la mera voluntad de hacerlo; la eliminación de las sequías y las pestes, mediante la eliminación de sujetos malignos que las provocaban adrede; rechazaron la teoría de la relatividad de Einstein pues estaría fundamentando el “relativismo moral”. Y una larga ristra de absurdos.

Hoy mismo, las dificultades para realizar trasplantes de órganos en Italia surge de la discrepancia entre la ciencia médica y la Iglesia, de gran influencia en ese país, acerca de la definición de las condiciones de muerte.

En cambio, en materia de disciplinas de la sociedad, su evolución fue muy diferente. Históricamente había comenzado a trabajar (y recién toma forma a partir del siglo XVIII) bajo el supuesto implícito de criterios objetivos del valor. En particular, toda la línea de la denominada escuela clásica: Adam Smith, David Ricardo, y otros.

La tendencia contraria, es decir, a utilizar criterios subjetivistas para definir el valor, nace recién hacia fines del siglo XIX. Y fue una reacción de grupos políticos conserva-

dores a una tendencia social y política muy definida, que comenzaba a formarse alrededor del criterio de la existencia de un valor objetivo.

La sociedad había comenzado a percibir la existencia de fenómenos donde se entremezclaban cuestiones relativas a la economía y a la sociedad. Y junto a ello nacía una teoría donde esa vinculación se expresaba a través de un valor objetivo, una teoría del valor a partir del trabajo humano. El problema radicó en sus efectos sociales, pues esas ideas comenzaron a penetrar en gremios de trabajadores y partidos políticos.

Y esto fue considerado por aquellos grupos de origen conservador como algo muy, pero muy peligroso. Y elaboraron una línea de pensamiento económico alternativo basado en la apreciación subjetiva de cada individuo sobre el valor de los bienes. Su importancia actual radica en fundamentar la economía académica actual, y la política económica de la mayoría de los gobiernos.

2.1.1. Los efectos del subjetivismo

El principal efecto de la subjetividad resulta de otorgar prioridad a la intuición en la gestación del pensamiento. Una intuición marcada a fuego por la cultura dominante.

Con ello, la regla básica de la acción humana resulta de captar la realidad mediante el libre flujo de las sensaciones personales e imponer los criterios surgidos de ello. La salida correcta es justamente el versus de esto: un razonamiento sistémico bajo la forma de un pensamiento crítico.

El elemento fundamental del subjetivismo, es un análisis y una acción (el momento científico y el momento político) surgido de la intuición de cada individuo. Conocimiento intuitivo y acciones individuales. Las acciones sociales existen, pero sólo se conciben como una mera sumatoria de aquellas.

Bajo el subjetivismo, en la relación sujeto-objeto, el actor principal es el sujeto. El objeto existe pero solo bajo la forma de quien lo imagina. Su versión extrema es la corriente nietzscheana, donde el principio básico ya no es el debate sobre una u otra forma de la realidad de acuerdo a la visión del observador. En ese mundo, la realidad ya no existe. Solo existen opiniones acerca de esa realidad.

Históricamente, las consecuencias negativas de esa corriente subjetivista, tanto en el plano científico como político, han conducido a verdaderos “callejones sin salida”. Y ya, cuando se enfrenta a condiciones como las actuales, de crisis superpuestas y mutuamente realimentadas, donde ciencia y política entran en imbricación profunda, aquellos problemas se potencian.

En política, enfrentar los problemas bajo criterios intuitivos lleva solo a encarar los de aparición visible en superficie y aplicarles criterios voluntaristas. Hasta ahora, solo ha logrado cometer graves y sistemáticos errores.

En ciencias, su efecto resulta visible en el máximo nivel de difusión del conocimiento: la universidad. Allí la ciencia aparece en forma de compartimentos estancos y autosuficientes, Y esto representa, desde el vamos, una muy grave limitación al conocimiento del entorno humano como realidad única e indivisible. No solo segmentan en disciplinas vinculadas a la naturaleza y a la sociedad, sino realizan una división tajante dentro de cada una de esas ramas.

Sin embargo, por imperio de las circunstancias, comienza a visualizarse una tendencia hacia la unificación entre las diferentes ciencias de la naturaleza, Pero en ciencias de la sociedad, sigue subsistiendo una enorme presión cultural orientada a mantener

aisladas las disciplinas componentes. Y a su vez, éstas, con las disciplinas de la naturaleza. Incluso trabajan con metodologías incompatibles entre sí haciendo imposible su unidad.

En ciencias de la naturaleza resulta de aceptación generalizada, utilizar métodos para intentar captar sus procesos, e implica de manera implícita, sostener la hipótesis de la existencia de transformaciones producidas de manera independiente a quien lo analiza.

Supone una realidad de complejidad inherente a ella, y sólo posible de ser captada mediante una teoría, es decir, un conjunto de hipótesis previas para guiar la búsqueda e interpretación de la información. Y el objetivo resulta de aplicar esos conocimientos al avance de tecnologías para usufructuar de ese mayor conocimiento. Y ahí comienza una separación “de las aguas”, pues ese usufructo, es susceptible de resultar social o individual.

Esto es conocido como método científico, y salvo grupos extremistas (terraplanistas, anti-vacunas, negadores del cambio climático, etc.) para quienes esa ciencia es siempre “oficial” y “conspirativa”; resulta de aceptación generalizada.

En cambio, en el campo de las disciplinas atinente a los problemas de la sociedad, la metodología usual es el versus de lo descripto. Y la practican todas las corrientes mayoritarias, y apoyadas por las instituciones del aparato cultural.

Allí, el “main stream”, la corriente principal, no solo considera de manera aislada la dimensión económica, sino también, en lugar de hacerlo bajo criterios objetivos, lo hace a partir de diferentes formas de subjetividad. Y se la declara “científica” porque capta ese entorno de manera empírica, excluyendo toda otra alternativa.

Esto significa considerar sólo fenómenos de superficie y bajo los criterios intuitivos modelados por el bombardeo cultural. Esa práctica “garantiza”, por una parte, excluir la existencia de procesos bajo esa superficie, y los cambios y deformaciones producidos. Por la otra, no mezclar las ciencias sociales entre sí.

Justamente, en la relación de la política con la ciencia, ha primado el criterio de su vinculación con ciencias de la sociedad (economía, sociología, antropología, psicología), aunque tomadas de manera aislada. Esos estudios ayudarían a explicar los fenómenos, y contribuirían a señalar el camino de las correcciones a proponer.

En ese sentido, la relación de la política con las ciencias de la naturaleza, ha sido más endeble. Hasta ahora, la política solo llega hasta la evaluación de si un gobierno promueve o frena la actividad científica. Un indicio más para resolver la dicotomía tradicional de “progresismo versus conservadurismo”.

Y a esas limitaciones, se suma la interpretación fallida del papel de las ciencias de la sociedad. Y deriva de los métodos utilizados en esa rama. Métodos conducentes a una interpretación subjetiva y voluntarista de los resultados.

Son resultados superficiales no sometidos a análisis críticos, y se les adjudica un carácter de certeza “científica”. Y con ello resultan equivalentes al estatus de las ciencias de la naturaleza prestigiada desde el siglo XIX por su capacidad en transformar el conocimiento en el usufructo de nuevas tecnologías.

Y cuando a esas ciencias de la sociedad ya se le otorga el estatus de “científica”, realimenta la utopía voluntarista de utilizarla desde el poder, a fin de reorientar la sociedad en cualquier sentido posible. Una imaginación, que sin los límites impuestos por la realidad, puede pasar de menos a más infinito, sin transición alguna.

Y ese voluntarismo apoyado por una supuesta científicidad se retroalimenta con la intuición, elementos dominantes en el campo de la política. Puede llevarse a cabo cualquier idea surgida, tanto de la cabeza de un científico social, como de la intuición de un político. Resulta posible construir, tanto una sociedad basada en decisiones de los mercados, como una sociedad basada sólo en decisiones de gobierno. Sólo depende de la voluntad de hacerlo.

2.1.2. Los momentos en el subjetivismo

Esto nos lleva a analizar el momento científico y el momento político en la gestación de ideas a partir del subjetivismo.

2.1.2.1. El momento científico

Una muestra representativa de los efectos de la subjetividad en el momento científico, se encuentra en su propio ámbito superior: la universidad.

Aunque su denominación supone un tratamiento integral de la ciencia, nos encontramos ante un panorama radicalmente diferente: el tratamiento de la ciencia se realiza a través de divisiones rotundas. Son ramas aisladas y autosuficientes. Fundamentalmente, una separación radical entre las ciencias de la sociedad y ciencias de la naturaleza. Y a su vez con metodologías de conocimiento opuestas e incluso contradictorias.

A su vez, hacia adentro de cada una de esas áreas, disciplinas tabicadas entre sí. En ciencias de la sociedad: economía, sociología, antropología, lingüística, psicología social, etc. En ciencias de la naturaleza: física, química, geología, astronomía, etc.

Y esto conlleva efectos muy negativos en el conocimiento, sobre todo si pretendemos partir de la hipótesis de una realidad única e indivisible. Y además supone ordenamientos estigmatizantes: entre ciencias “duras” y “blandas”; entre carreras “científicas” y “profesionales”; entre ciencias “puras” y “aplicadas”; etc. Todas estas alternativas suponen la existencia de “categorías” de importancia diferencial para la sociedad.

Esos compartimentos estancos de los estudios universitarios reflejan una concepción muy definida. De partida, rechaza la existencia de una realidad única e indivisible.

Por un lado existiría una realidad de la naturaleza, por el otro, una realidad de la sociedad. A su vez, cada una de ellas con disciplinas aisladas entre sí. Y a su vez, cada una de ellas, con temas segmentados. P.ej., en economía: macro y microeconomía; flujo real y financiero; sectores y regiones, etc. Y cada uno de esos temas (asignaturas en el lenguaje universitario) dividida a su vez en capítulos, (.) y así prosigue un despiece hasta el infinito.

Esto se fundamenta en la necesidad de segmentar, a fin de profundizar el conocimiento. Lo aceptemos, pero de manera provisoria. Sin embargo, y no por casualidad, nunca (¡nunca!) aparece un capítulo en cada asignatura, una asignatura en cada carrera, o bien un posgrado intentando unir esos fragmentos.

Ni hablar de intentar una conjunción entre las disciplinas sociales y menos aún de estas con las ciencias naturales. Se considera como “no científico”. Quien se atreva a plantearlo, queda exiliado del “reino de las ciencias”.

El conocimiento se despiece hasta el infinito. Puede resultar válido en investigaciones concretas a fin de profundizar el conocimiento, pero, en la enseñanza, en lugar de esclarecer, contribuye a perpetuar la confusión general.

Esto supone ubicar en nuestra mente una realidad trozada y no única e indivisible. Y cuando pretendemos generar una solución a un tema concreto, lleva a gravísimos

errores. Pretender solucionar el problema económico al margen de la cuestión social, el problema del calentamiento global y de la pandemia, de manera independiente entre ellos, y al margen de la problemática económico-social, lleva a consecuencias, ya a la vista de todos.

Sin embargo, la propia crisis, provocada por la tozuda insistencia en realizar análisis y políticas fragmentarias, y reflejada en rotundos fracasos, hace posible un cambio. Y ya han comenzado a surgir tendencias en sentido contrario. Un claro ejemplo sucede en el ámbito de las ciencias de la naturaleza.

En ese campo ha surgido una definida orientación integradora de sus diversas disciplinas: física, astronomía, química, biología, etc. Con solo revisar las temáticas de los premios Nobel en esas especialidades, en los últimos años, observamos una tendencia unificadora. Allí se destacan los otorgados a investigaciones donde, de hecho, se debieron unificar diferentes disciplinas de la naturaleza.

Una tendencia similar registran los avances en medicina, generados a partir del tratamiento unificado de química, biología y física. Esta última, en la estabilidad y movimientos del esqueleto, la acústica del oído, la óptica de la vista, y en la interpretación de los resultados obtenidos mediante métodos de diagnóstico de tipo electrónico, radioactivo, y similares, que requieren del conocimiento de la física más avanzada.

Mientras tanto, toda la práctica universitaria, desde La Matanza hasta Harvard, el conocimiento sigue permaneciendo en compartimentos estancos, con efectos negativos muy concretos: la universidad, ha logrado burocratizar la ciencia y esto resulta un hueso muy duro de roer.

No por casualidad, en aquellos países ubicados en el vértice de la tecnología mundial, y que por definidas exigencias geopolíticas deben mantenerse en ese podio, han comenzado a armar universidades ad-hoc, a fin de superar la flagrante contradicción entre una enseñanza parcializada y la necesidad de criterios integradores para mantenerse en el liderazgo tecnológico.

Y con expresiones concretas. La NASA, frente a los retos científicos y geopolíticos de la investigación espacial, debió crear su propia universidad (Singularity University - <https://su.org/>), caracterizada por una enseñanza e investigación en el campo unificado, al menos, hacia el interior de las ciencias de la naturaleza.

Incluso el flujo de científicos ahora es inverso. Una ingeniera, subdirectora de la NASA ha pasado a ocupar un cargo directivo en materia de investigación en el MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts).

Por su parte Google colabora con la universidad de la NASA, e incluso monta la suya propia. También esta tendencia se aprecia cuando esa empresa modifica su manual de incorporación de personal, todos de muy alta calificación. Ya ha sido eliminada la exigencia de poseer título universitario. De hecho, están reconociendo la superioridad de la formación práctica, naturalmente integrada, respecto de los sistemas formales, sostenidos, contra viento y marea, en compartimentos estancos.

Sin embargo, no debemos confundir este problema de la integración científica con la orientación en la aplicación de esas ciencias. Tomemos el propio caso de la NASA y de sus investigaciones. Una verdadera hazaña científica como la de aterrizar una nave espacial en un asteroide, para tomar muestras y volver a nuestro planeta, tiene por detrás el objetivo de realizar minería en asteroides, y ha desatado una verdadera carrera mundial.

Existen asteroides cuyo contenido en metales tienen un valor comercial casi imposible de valorar. Y ha sido coordinado con cambios institucionales: EEUU, ya cuenta con una ley para permitir la explotación minera de los asteroides por parte de empresas privadas. Veamos lo que dice BBC News (30-10-2020) al respecto:

“El asteroide Psyche 16, descubierto en 1852, mide 226 kilómetros de diámetro y se localiza a 370 millones de kilómetros de nuestro hogar.

Dicho asteroide está en la mira de la Administración Nacional de Aeronáutica y el Espacio (NASA), que junto a Space X, la empresa del multimillonario Elon Musk, planean una misión de exploración para el año 2022.

Se cree que, además de hierro y níquel, el asteroide también podría contener platino y oro. Todos estos son metales con gran valor.

Algunas estimaciones indican que el valor económico total de todos los metales de Psyche podría superar los US\$10.000 cuatrillones. Teniendo en cuenta que el valor de la economía global en 2019 era de US\$142 billones de acuerdo al portal de datos alemán Statista, podría decirse que los minerales de Psyche valen unas 70.000 veces más”.

El problema fundamental del conocimiento parcelado se presenta cuando debe enfrentar una realidad donde los fenómenos tras la superficie, se enredan, formando una madeja inextricable. En lugar de partir de esa complejidad, la niega aplicándole esquemas simplificadores.

Por una parte, es la fuente de las condiciones de crisis actual y de los muy graves errores cometidos a diario. Pero esa misma crisis, comienza a moldear una modificación radical en la forma de encarar el conocimiento. Y ambas preocupaciones, los errores cometidos y el cambio del enfoque han sido el objetivo central de los cursos realizados desde el 2016.

Hasta ahora habíamos realizado un acercamiento por el lado de la dimensión económica y sus respectivas políticas. Y de allí surgía, la necesidad de integrar, al menos el campo de las ciencias sociales. Sin embargo, existen errores equivalentes y del mismo origen en todo el espectro del conocimiento y de sus respectivas políticas.

Intentaremos aplicar aquellos mismos criterios, al resto de dimensiones de la realidad a través de una visión unificadora. Sobre todo en condiciones como las actuales, donde los aspectos sociales, institucionales, biológicos y ambientales llegan a adquirir una importancia equivalente o superior a la dimensión económica y se entremezclan todos entre sí.

Aunque hemos realizado ese tipo de análisis sólo en la dimensión económica hemos tenido siempre presente estar sólo ante una de las dimensiones posibles de la realidad y por ende la existencia de otras dimensiones conformando una realidad única e indivisible ha estado siempre presente. Solo lo hemos separado en nuestra mente, a fin de intentar profundizarla.

Ahora estamos aplicando los mismos criterios al resto de dimensiones, al menos a las hasta ahora percibidas por la conciencia global de la sociedad: social, ambiental, institucional. Incluso, ya comienzan a delinearse otras. Un claro ejemplo es la dimensión biológica, posible de ser percibida a partir de los graves errores cometidos en materia de tecnología nuclear, ambiental, salud, etc. Y juega un papel decisivo en la problemática mundial actual.

2.1.2.2. El momento político

Ese momento científico aparece indisolublemente unido al momento político. La política necesita partir del conocimiento científico de la realidad. Y comenzamos intentando ubicar históricamente esa vinculación.

La ciencia nació de una particularidad congénita del género humano. La curiosidad por conocer nuestro entorno. De allí pasó a la necesidad de usufructuar de ese conocimiento. Y ya en ese terreno, las ideologías bifurcaron el camino entre el aprovechamiento individual y social de la ciencia.

Y con mayor incidencia aún, en la fase siguiente, cuando la ciencia pasa a las acciones concretas para intentar reorientar fenómenos que afectan a la humanidad. Son acciones tendientes, o bien a intentar paliar las consecuencias, o bien a remover los obstáculos. Y puede ser orientada tanto a modificar la realidad, como a mantener las condiciones preexistentes. Son estadios de la ciencia a través del desarrollo de la humanidad, donde la relación entre ciencia y política tiende a profundizarse.

Toda la política se expresa en acciones sobre la realidad, y allí aparecen los debates más encarnizados: reformas paliativas o de fondo; mantener las estructuras o modificarlas; hacerlo bajo formas autoritarias, democráticas o revolucionarias. Y esas alternativas se presentan en las políticas practicadas en todas las dimensiones de la realidad.

Y allí ya surge la alternativa, o bien tomar las diferentes dimensiones como una realidad única e indivisible o tomar cada una de esas dimensiones de manera aislada. Y esta segunda alternativa, la más corriente, genera errores bajo todas las orientaciones políticas imaginables.

De entrada, ya tenemos un error sistémico abarcando todas las corrientes políticas, y se origina en el momento científico. Y no por orientar las políticas en una dirección u otra. En economía p. ej., no surge por tratar su temática a través de una orientación neoliberal, desarrollista o populista. El principal error aflora por tratar esa dimensión de la realidad aislada al resto.

De allí resulta una visión unidimensional de la realidad, sólo centrada en el elemento seleccionado. De hecho, se le está adjudicando una primacía respecto al resto, y al mismo tiempo, negando la existencia de una realidad única e indivisible.

Pruebas al canto: en el gobierno anterior, políticas sólo desregulatorias y en la dimensión económica. Por sí mismas solucionarían todos los problemas: “lluvia de capitales”, ausencia de inflación, y “pobreza cero”. Expresaba un voluntarismo enfermizo.

Un caso equivalente en el gobierno actual. Frente a la pandemia, un tema de muy alta complejidad, solicita el asesoramiento excluyente de médicos y solo aquellos con especialidad epidemiológica o similar.

Científico y político, son dos momentos de un mismo proceso de construcción: hacer inteligible la realidad e involucrarse en ella, pero asumiendo las limitaciones históricas de una construcción humana.

Los problemas científicos y políticos detentan las mismas raíces. Están afectados por el subjetivismo reinante sólo superable mediante un análisis crítico de la realidad. Por un lado, para asumir y sortear las múltiples trampas tendidas por la realidad. Por el otro, para buscar e impulsar los factores progresivos dentro esos procesos versus los intentos de ocultamiento y mantener el statu-quo de esa realidad.

Debido a las deformaciones en la percepción de la realidad generadas por el subjetivismo y el voluntarismo tanto la política como la ciencia, quedan inermes. A lo sumo, cuando llegan a actuar, o bien cometen graves errores al adoptar medidas de alivio que terminan consolidando el problema, o bien, de manera lisa y llana, niegan la existencia del problema. Y esto sucede con todos los problemas actuales: polarización de la riqueza, calentamiento global y pandemia.

Y en el límite, atribuyen esos problemas a la existencia de una maldad congénita de personas o grupos. Históricamente va desde las brujas hasta los inmigrantes actuales pasando por negros, judíos, gitanos y armenios.

Ese discurso y sus acciones, también nacen del subjetivismo pero en su versión extremista, a partir de su ubicación individual y/o grupal frente al problema: usufructo del statu-quo, intereses religiosos, pertenencia a sectas negacionistas, discriminatorias, etc.

2.2. El objetivismo

En los debates sobre el conocimiento resulta usual utilizar el adjetivo “objetivo”, como sinónimo de “científico”, y de paso, invalidar cualquier opinión diferente que, por defecto, pasaría a resultar “anti – científica”.

Intentemos dilucidar el significado de un pensamiento objetivo. Una interpretación usual es la existencia de un conocimiento en estado puro, es decir por fuera de los seres humanos y de manera independiente a ellos. Existiría una “verdad inmanente” esperando ser descubierta.

En cambio, si consideramos a ese conocimiento como formando parte de una construcción humana colectiva, aquel planteo conduce a un absurdo. A pesar de ello es el criterio básico de la corriente positivista, generalizado en la enseñanza universitaria. Su misión sería la de difundir “métodos científicos” para “descubrir la verdad”.

Lo importante del objetivismo resulta de su aporte, no para conocer verdades inmanentes, sino por suponer la existencia de una realidad independiente al sujeto, tanto en el plano de sus conocimientos como de sus acciones. Es un aporte para evitar las falsas percepciones.

En la separación clásica entre ciencias de la naturaleza y de la sociedad, el objetivismo ha predominado, en la primera de ellas bajo diversas formas. Ha sido un área de conocimiento donde separar sujeto y objeto resulta intuitivo: el universo, la geología, las células, los cristales, los átomos, la mecánica de los fluidos, etc. Son procesos, donde la participación humana, resulta intuitivo suponer inexistente.

Los problemas surgían al plantear el criterio del objetivismo en las ciencias sociales, donde el investigador sería, a la vez, actor de esos procesos. Para evitarlo, se instrumentó una interpretación mecanicista de ese objetivismo, como opuesta al subjetivismo individual. Y allí reaparece la existencia de una verdad inmanente, a la que sólo bastaría “descubrir”.

Bajo esa perspectiva, existe, por un lado, una realidad ciega y, por el otro, un pensamiento organizado. Como si el pensamiento no fuese parte indisoluble de esa realidad. Esto genera la existencia de una subjetividad social, opuesta a su forma individual, tan usual en el subjetivismo.

Resulta correcto criticar la subjetividad individual, sin embargo estaban ignorando la existencia de una subjetividad social. Y ¡qué casualidad!, el mismo error cometido por el subjetivismo al reivindicar solo la subjetividad individual.

2.2.1. La interpretación soviética de la objetividad

Y esa interpretación se convirtió en una concepción del objetivismo llevando a cometer graves errores. El caso más notable resulta del estruendoso fracaso de la experiencia soviética, cuyo mayor exponente simbólico fue la caída del muro de Berlín. Pero bajo sus escombros, no solo quedó sepultada aquella experiencia socio-económica, sino también la objetividad, y arrastrando tras ella todas sus interpretaciones posibles.

Fue una trampa tendida por los avatares de la historia. E hizo posible la actual dominancia del subjetivismo en las disciplinas científicas vinculadas a la sociedad. Y esto se explica por el origen del objetivismo. Quien primero lo plantea de manera explícita como instrumento analítico fue Carlos Marx y lo utilizó como elemento central de su construcción teórica: el valor de los bienes de cambio surge de la acumulación del trabajo humano.

Marx detecta en algunos economistas la utilización de este criterio, pero de manera implícita. Su intento, en “El Capital”, fue el de reconstruir el esquema socio económico, pero bajo un criterio explícito del valor trabajo. Décadas después, los soviéticos, declararon a esa experiencia, como la aplicación práctica de aquellos conceptos.

Y quienes “militan” en el subjetivismo aprovecharon la situación y le aplicaron el falso aforismo judicial de, “a confesión de parte, relevo de pruebas”. Y decimos falso porque aunque alguien confiese, primero debe probarse la existencia objetiva del delito pues esa declaración puede estar encubriendo otras personas y otros delitos.

En este caso, si los propios dirigentes soviéticos declaraban a su proyecto como “marxista”, no existía necesidad alguna de “probar” si esto fue o no cierto.

Aquellas afirmaciones de los revolucionarios rusos habían sido parte de la construcción de un “relato”. No solo fue una interpretación bastarda. Todas las políticas implementadas en la ex - Unión Soviética, sobre todo a partir de la égida del estalinismo, significaron el versus del pensamiento marxista.

Implantaron un “socialismo por decreto”. Y esto, de hecho, negaba la existencia de los procesos explicados por Marx. De esa manera se ubicaron en el terreno de un “socialismo utópico” ya denostado, y de manera virulenta, por sus padres fundadores.

Luego la historia, por todos conocidas: el rotundo fracaso de esa experiencia, cuyas causas hemos intentado explicar en el curso del año 2017, y su resultado más simbólico: la caída del Muro de Berlín. Bajo sus ruinas habrían quedado sepultados, no solo la experiencia soviética y de los países bajo su órbita, sino también toda posibilidad de un pensamiento objetivo en materia de ciencias sociales.

A los partidarios del subjetivismo les resultó demasiado fácil exponer esto como prueba definitiva del fracaso del objetivismo y, de hecho, la entronización definitiva del subjetivismo.

Sin embargo, las dificultades prácticas para aplicar el objetivismo son aún mayores. Prestigiosos autores, expusieron su propia versión del objetivismo sobre la base de la crítica a Marx. Tanto porque interpretaron la existencia de cambios de criterio a lo largo de su vida, como por la crítica a las interpretaciones mecanicistas realizada por los soviéticos.

Allí aparece el estructuralismo de Levi-Strauss, los críticos franceses (Godelier, Althusser, Bordieu); la “Escuela de Frankfurt” (Habermas, Adorno Horkheimer, Marcuse,

Benjamin), y similares. En esas críticas se destacaron las realizadas a partir de los trabajos de Antonio Gramsci. Provenían de su propio riñón y por ende, sus efectos políticos fueron contundentes.

El escenario fue la eclosión cultural a nivel mundial producida en los años '60 y '70 del siglo XX. Los investigadores en disciplinas sociales, comenzaron a indagar acerca de Marx. Y en esa línea, leen los “Cuadernos de cárcel” de Gramsci y descubren el porqué del encubrimiento de ese autor por parte de la filosofía oficial soviética. Para ayudar a ubicarnos históricamente, ese movimiento, en Córdoba, fue representado por el grupo de intelectuales denominado “Pasado y Presente”.

Ese autor refutaba en profundidad el objetivismo mecanicista desarrollado por la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., y lo hacía sobre la base de intentar superar la visión dicotómica subjetivismo - objetivismo. Partía de suponer una compleja interrelación entre ambos, una dualidad anclada en la práctica (praxis) histórica del hombre. Y la resuelve a partir de admitir la existencia objetiva de lo material, pero siempre referida a la existencia de sujetos históricos. No puede existir una realidad objetiva por fuera de los sujetos sociales y de su historia. Un subjetivismo social en lugar de individual.

La crítica fue dirigida al objetivismo mecanicista por utilizar la ciencia como “prueba” de la objetividad de la realidad. Sin embargo, la objetividad no es un dato científico sino una concepción del mundo. Para Gramsci existe una realidad objetiva, una materialidad del mundo real, pero siempre referida a sujetos históricos, y no por fuera de ellos.

Y subraya la paradoja del objetivismo mecanicista, conduciendo al otro extremo: el idealismo. En ese terreno resultaba posible “pensar” en estructuras objetivas al margen de los procesos históricos y sociales. Y las señala como demasiado cercanas a las ideas puras del platonismo.

Los debates generados a su alrededor de ese autor fue el origen de múltiples rupturas políticas ocurridas en ese campo de ideas, y simultáneas a nivel mundial. Y cuando la ex - Unión Soviética consideró que el debate había llegado a su límite, lo dio por terminado con sus tanques entrando en Praga.

La interpretación mecanicista del objetivismo de Marx realizado por la Academia de Ciencias de la URSS, fue el de una verdad inherente a la que solo bastaba descubrir. Fue una mezcla de idealismo platónico y voluntarismo, y marcó a fuego el debate político a lo largo del siglo XX. Y hoy nadie se anima siquiera a preguntarse porque la URSS desapareció como una “pompa de jabón”. No sólo fue un fracaso económico y social. Se trataba también de un esquema filosófico muy, pero muy burdo.

Y su deriva política se convirtió en un apotegma que persiste tras los debates actuales. Basta con tomar el poder para instalar el socialismo. Un socialismo “por decreto”. Una forma de socialismo utópico, surgido de nuestras cabezas, y no como resultado de un complejo proceso social.

Y bajo esos criterios fue inevitable ignorar un detalle esencial: la existencia de una base material que pusiera en crisis al capitalismo y exigiera formas socializantes de organización. Llegar a ello por medio de un “decreto” era ridículo. Hoy sería un ejemplo más de la construcción de un “relato épico”.

Incluso los propios padres fundadores ya se habían adelantado a esto. Calificaron a todo tipo de socialismo surgido de la mente y no del análisis histórico de los procesos

sociales, como “socialismo utópico”. Y para eliminar toda sombra de duda, lo tacharon de anti-científico y políticamente reaccionario.

2.2.2. La versión académica de la objetividad

Otra versión mecanicista de la “objetividad” surge del intento de separar el objeto de la investigación del sujeto investigador. Y creen poder efectivizarlo mediante la utilización de modelos matemáticos y altas dosis de estadísticas, a fin de evitar que los factores culturales y las experiencias personales se filtren en la investigación e influyan en sus resultados. Es la versión más difundida en el mundo académico.

Sin embargo, esos mismos factores, y de manera potenciada, logran colarse en la investigación, justamente por medio de esos métodos.

Esta interpretación fue trasladada a la práctica universitaria de las disciplinas referidas a las ciencias sociales. El avance de las ciencias naturales en los siglos XVIII y XIX, donde se consideraban nulos los efectos de la subjetividad, se tomó como modelo a imitar y prevalece hasta hoy en el mundo académico de las ciencias sociales. Y dio lugar a visiones falseadas de la realidad, origen de las políticas erróneas.

Consideran al conocimiento como resultado de tratar los fenómenos a partir de una radical exterioridad respecto al sujeto. Y el instrumento para lograrlo es su formalización lógica mediante la utilización de las matemáticas. Sin embargo, justamente por allí logra filtrarse el efecto cultural. Aluden a una matemática en términos genéricos, pero utilizan un determinado tipo de matemáticas con exclusión total de otras formas.

Y por esa vía, introducen de contrabando, supuestos falsos de la realidad bajo tratamiento. El cálculo infinitesimal supone relaciones superficiales, funcionales, secuenciales, y reversibles. Y de esa manera, hacen posible ignorar los procesos sociales subyacentes cuyos caracteres esenciales resultan el versus de aquellos: estructurales, acumulativos, retro-alimentados e irreversibles. Y cuando a través de esos falsos supuestos, se intenta aliviar los efectos (sociales, sanitarios, ambientales, etc.), lo único posible de lograr es reproducir y consolidar los efectos regresivos.

En resumen, pretender aplicar estas formas fallidas de objetividad, como crítica al subjetivismo individual, también genera trampas. A partir de un objetivismo mecanicista podemos tanto, criticar al capitalismo, como glorificar esa forma de organización social, tal como lo hacen autores como Ayn Rand.

2.3. Objetivismo y subjetivismo en ciencias de la sociedad

A los fines de profundizar en estos conceptos, analizaremos su evolución en el área de conocimiento de mayor controversia: las ciencias de la sociedad.

Cuando comienza a aflorar en la superficie indicios claros acerca de una estrecha vinculación entre la realidad social y económica, se realizan intentos de vincular ambas disciplinas.

Marx construye un marco teórico unificador mediante un criterio de valor a partir de una relación social. Intentaba probar que el capitalismo no era la organización definitiva de la sociedad sino un eslabón histórico más en el proceso social. Se adelantaba a responder a la célebre frase de Francis Fukuyama, analista de la Rand Corporation, hacia finales del siglo XX: “el capitalismo es el fin de la historia”. Y un pequeño detalle adicional: años después, Fukuyama se arrepintió de sus dichos.

Keynes, por su parte, introduce el criterio de la existencia de un nivel macroeconómico donde se producen procesos autónomos, de manera independiente a las decisio-

nes de empresarios y consumidores. Y ese nivel resulta manipulable por medio de una política económica a partir de la intervención del estado. Su objetivo: eliminar la desocupación provocada por la crisis de los '30, mediante la reactivación de las economías, por medio del gasto público.

Y ambos intentos, en el marco de una objetividad, implícita o explícita, que supone la existencia de procesos independientes de la acción humana.

Y como reacción política aparecen tendencias en sentido opuesto: introducir la subjetividad, particularmente en la dimensión económica. Los criterios objetivistas, aunque de manera tácita, venían siendo dominantes en esta materia. Toda la línea de la escuela clásica (Adam Smith, David Ricardo) había trabajado, de manera implícita, sobre la base de conceptos objetivos del valor.

Marx, un filósofo de profesión, advierte la importancia de esto para una teoría integradora de la problemática social y económica. Y para lograrlo, desarma el edificio ricardiano y lo vuelve a armar. Pero esta vez sobre la base de una teoría del valor trabajo claramente explicitada. Fue el esquema básico para construir su obra liminar: El Capital.

Y esto, a su vez detona el versus. Estudiosos de la cuestión económica, hasta ese momento, seguidores del pensamiento clásico, pero de profunda raigambre política conservadora, comienzan a preocuparse por el impacto de Marx en los movimientos políticos y gremiales de fines del siglo XIX. Sin embargo, en lugar de rechazarlo “in limine”, tal como hacen ahora sus payasescos seguidores, se pusieron a leerlo.

Allí encuentran dos elementos. Por una parte, errores matemáticos en el tercer tomo de El Capital. Y lo utilizan políticamente para declarar la invalidez de todo el texto. Una pequeña digresión al respecto. El error existió, sin embargo, un siglo después varios investigadores, trabajando de manera independiente, llegaron a la siguiente conclusión similares: si Marx hubiese dispuesto por aquellos años del instrumento del álgebra matricial hubiese coincidido la formulación matemática y la conceptual.

Pero lo más importante develado por esa lectura, a gente de pensamiento conservador, fueron las tendencias en las ideas económicas. Advierten que, de seguir profundizando el camino marcado por la economía clásica, ésta desembocaría, de manera inevitable, en Marx o algo parecido.

Esa tendencia, luego fue denominada escuela clásica, y había sido, hasta ese momento, la economía “oficial” en los países luego conocidos como “centrales”. Y sostenida por los eslabones claves de la sociedad: gobiernos, empresarios, academia y medios de comunicación.

Y ese desemboque inevitable, fue luego ratificado. En el siglo XX, quien había analizado con mayor profundidad a David Ricardo, el ídolo inglés Piero Sraffa, editor de sus obras completas, desarrolló su propio marco teórico, también basado en una teoría explícita del valor trabajo.

Aquellos grupos conservadores encontraron en la lectura de Marx la clave de la tarea a realizar: reconstruir la disciplina económica, haciendo el versus de Marx. Debían reconstruir el edificio ricardiano, pero bajo una teoría subjetiva del valor, y claramente explicitada. Allí aparece la teoría de la utilidad marginal, aunque ya antes esbozada, ahora se convierte en el eje de esta concepción.

En historia de las doctrinas económicas esta tendencia se conoce como escuela neoclásica. Sin embargo, esa denominación resulta por demás errónea. Expresa la idea

de una etapa superior en la evolución de la escuela clásica, cuando en realidad constituye una ruptura radical con ella.

Veamos como describe estos cambios, el autor más difundido en materia de historia del pensamiento económico (Eric Roll, Historia de las doctrinas económicas, FCE)

“Las escuelas de la utilidad pretenden la validez universal por una razón diferente: porque sostienen que formulan una teoría del valor independiente de todo orden social específico. Sin embargo, no puede dudarse que en sus orígenes la escuela de la utilidad también fue influida muchas veces por el deseo de reforzar los aspectos potencialmente apologeticos de la teoría económica. La teoría clásica no era bastante fuerte para resistir los ataques del creciente movimiento obrero. No podía defenderse lógicamente la pretensión de que determinada estructura social —en particular cuando, como ocurría en la obra de Ricardo, dicha estructura contenía graves antagonismos de intereses— fuera considerados como el final de la historia. Ni las condiciones existentes podían hacerse tolerables por la mera apelación a leyes universales. La retirada de la teoría objetiva del valor como producto del trabajo fue la retirada de esta posición. Se realizó mediante la introducción de un subjetivismo que dispensaba a los economistas de interesarse por un orden social determinado”. (Página 306)

Y un pequeñísimo detalle adicional: actualmente, una de las ramas originada en aquella orientación, es conocida como neoliberalismo. Y ha logrado, nada menos, que la preeminencia mundial apoyada en los círculos gubernamentales, académicos, empresarios y medios de comunicación.

Su “éxito” se debe a un efecto ideológico muy importante. En lugar de intentar unificar los procesos económicos y sociales, garantiza mantener un abismo entre ambos. Si el valor lo adjudica cada persona, tras ello sólo pueden existir factores psicológicos individuales. Representa el versus del concepto de valor a partir de la relación social existente tras la transformación básica del capitalismo: trocar el valor de uso de los bienes, en mercancías con valor de cambio.

A pesar de su burdo contenido, esa visión subjetiva de la economía, es hoy, la versión “científica”, “corriente principal” (main stream) y “consenso de la profesión” en materia económica. ¡Cartón lleno!

Y como decían las viejas historietas: continuará. . . .